

LAS GRIETAS ARDIENTES

Ángel Martín

*On a greffé, en travers, une lame de rasoir
Quand on y rentre, on en a une
Quand on en sort, on en a encore une
Mais elle est coupée en deux*

Boris Vian, Pendant le congrès

*Quot longa uiros exorbeat uno
Maura die*

Juvenal

PARTE UNO: TORMENTOS

CAPÍTULO UNO

Con lentitud, el párroco se quitó su sotana, disfrutando del baile sensual de la joven de cabello moreno. Luego, sus ojos se fijaron en las tetas jugosas y, enseguida, sus manos se reafirmaron sobre las curvas suaves.

La joven saboreó el cuello del párroco, sabía lo que hacía. Con una mano lo ayudó a deshacerse del resto de su sotana.

El párroco sonreía. Comenzó a estrujarse la verga bajo sus calzoncillos pasados de moda. La joven refregó sus tetas sobre el arrugado torso. Incluyó su cabeza y, jugueteando, relamió los blanquecinos pelos que lo recubrían. La satisfacción del párroco aumentó en su rostro.

— ¿Le gusta así, padre?

—Por supuesto, querida. —Dijo el párroco, largando un suspiro. Tomó la barbilla de la joven y fijó sus ojos en los de ella.

—Chupame la ostia, hija mía. —Ordenó.

Su rostro severo no asustó a la joven, sino que sonrió y descendió lentamente hasta la altura de la pelvis.

Quitó la ropa interior del párroco con tal agilidad que el viejo volvió a suspirar, sólo que esta vez, de asombro.

Le dedicó una sonrisa una vez más.

La joven metió en su boca toda la verga del párroco. Él la sintió dura, siendo acariciada por una lengua. Sintió el roce de los dientes en la punta, y lo recorrió un pequeño escalofrío.

La joven lo miró con una sonrisa y apretó los dientes con todas sus fuerzas.

El párroco gimió de sorpresa.

La joven dejó escapar lentamente la mitad de la verga del párroco de su boca. Luego lo escupió hacia un lado, disfrutando con una sonrisa los gritos de horror de su cliente.

CAPÍTULO DOS

Dalia sentía que cada vez estaba más cerca de perfeccionar su técnica.

Se la había confiado Maura. No hacía mucho más tiempo que ella que se encontraba en aquel lugar, pero, a diferencia de Dalia, no había sido obligada.

Su propia comunidad la había preparado de pequeña para formar parte de aquel grupo de cuatro mujeres.

Trabajaba, igual que todas, pero era la que hacía posible la convivencia y se comunicaba con el *Mentula*, el encargado de aquella *recolección*.

Dalia se daba cuenta que podía desvincularse completamente de su ente físico tan sólo abstrayéndose en sí misma.

No sentía al desconocido penetrarla, tampoco la presión del tipo sobre sus piernas levantadas.

Pensaba. En la mejor manera para escapar de allí, de su destino.

Ya había logrado dejar de llorar o negarse a sus clientes, su mente ya había conseguido liberarse. Sólo había sido cuestión de práctica. ¿Cómo no podría, acaso, liberar también el resto de su ser?

Sólo debía ocurrírsele algo.

No podía abandonar La Casona, ni siquiera salir a la vereda.

Los clientes tampoco volvían a tocar la calle, eso es cierto, y tampoco podía pedirle ayuda a alguno.

Era preferible que mueran desangrados o sobrevivan sin su miembro a enfrentarse a mujeres como Maura, o al terrible *Mentula*.

Sin embargo, sabía que alguna manera para poder escapar de allí debía existir.

Usar aquellos momentos para pensarlo era ideal.

El cálido semen del desconocido humedeció su vulva, la arrancó de sus pensamientos.

Y al ver la sonrisa de satisfacción del hombre no dudó en su siguiente movimiento.

Apretó sus labios vaginales contra la verga y la arrancó, con la rabia estampada en su rostro.

CAPÍTULO TRES

A Zelda le había tocado el idiota testarudo. Lanzó un suspiro al aire.

El idiota testarudo quería hacérselo por atrás.

Ella le dijo que no, que no le gustaba, que le dolía.

Pero el idiota testarudo no entró en razón, dijo que había pagado por un completo.

Fue entonces cuando Zelda lanzó su suspiro al aire.

El idiota testarudo recibiría algo mejor que aquello que pedía.

Se colocó en cuatro patas sobre la cama, un rostro de indiferencia mientras el cliente le zarandeaba sus nalgas.

Una palmada.

Dos palmadas.

Volteó su rostro al idiota testarudo.

– ¿Qué pasa? ¿No se te para?

El idiota testarudo puso una mueca de enojo, pero los ojos llameantes de odio de Zelda lo hicieron desistir de cualquier intento de ataque.

El idiota testarudo sonrió, empuñando su verga sólida como una estaca.

Zelda contuvo un grito cuando le entró.

Sintió palpar su culo alrededor del tieso órgano que se frotaba una y otra vez dentro de ella.

Le dolía.

Cerró los ojos un momento, luego los abrió.

Inclinó su cuerpo un poco hacia el colchón y estiró sus manos mientras el hombre se sacudía sobre su espalda. Extendió una mano hacia debajo de la cama. Con la punta de sus dedos sintió el frío acero que ocultaba.

Velozmente, separó la verga de su dueño.

El idiota testarudo gritaba, mientras un chorro de sangre ensuciaba las sábanas y la espalda de Zelda.

Ella se puso de pie de un salto y lentamente se quitó la verga del idiota con una mueca de molestia.

Lo depositó en la urna al lado de la puerta y desapareció tras ésta.

La recolección del día había sido buena.

El *Mentula* no tardaría en entrar, se encargaría de limpiar el resto.

CAPÍTULO CUATRO

Alina le sonreía a la cámara del viejo. Se había dejado atar mientras relajaba sus músculos vaginales.

Apretaría el pene del viejo con fuerza y se lo arrancaría de cuajo.

Estaba un poco cansada de posar para él. Quería que la penetre urgente, así pasar a otra cosa.

El trabajo ya la aburría. Una actividad mecánica, sin gracia, pero que debía desempeñar por el respeto a sus antepasados.

Alguna tía también había tenido que ejercer aquel deber, contribuir a aquella ofrenda, ofrecer aquel sacrificio carnal.

No sentía vergüenza como otras, sino algo de aburrimiento. Últimamente había intentado innovar en la manera de hacerse con las vergas de los clientes, pero finalmente eso también acabó por cansarla.

Realmente no importaba innovar, sino cumplir con la tarea de una manera eficaz.

Un par de veces había errado en el corte y el pedazo del cliente no se había desprendido del todo.

A medio arrancar y perdiendo sangre, la erección disminuía al instante. Una vez que quedaban colgando, las vergas ya no servían para su propósito.

El *Mentula* ya le había reprochado varias veces estas equivocaciones, pero por su actitud de indiferencia fue que, a pesar de ser la que más antigüedad tenía en aquella casona, los encargados no quisiesen ponerla al mando de sus compañeras.

La incorporación de Maura le molestó un poco, pero no mucho.

Era una de esas mujeres que saben lo que desean desde muy pequeñas. O bien, que aprenden muy bien aquello que deben desear.

Alina realmente no sabía si aquello era lo que deseaba.

Deseaba, ciertamente, venerar a sus antepasados y no dar la espalda a su tribu.

Por eso mismo obedecía las peticiones de los clientes. Cuando le decían que bailase, o que se las chupara, o que querían metérsela vistiendo algún disfraz, nunca decía que no.

En realidad, nada de eso era importante, sino cumplir con la tarea de una manera eficaz.

Sí, sí. Varias veces lo había oído.

Pero algunas veces la culpa no era de una.

El viejo de la cámara, por ejemplo.

Apagó su aparato y comenzó a vestirse. Alina se sacudió entre las ataduras, con una sonrisa y le preguntó al viejo:

— ¿No vas a hacerme nada?

—Ya tengo lo que quiero, putita. —Le contestó el viejo con una sonrisa. —Sabés las pajas que me voy a clavar ahora, trolita.

Lanzó una carcajada al aire, y luego abofeteó a la muchacha.

Su rostro se inclinó hacia un lado un instante. Luego lo miró, desafiante.

— ¡*Mentula*!

Un segundo después, el viejo ya no tenía salida.

El *Mentula* apareció detrás. Quitando la ceremonial cuchilla de carnicero que siempre llevaba atada a su cintura, rebanó el pene del viejo de un solo golpe.

Certero.

Frío.

Calculado.

Otro corte en horizontal rasgó la garganta del cliente.

Los borbotones carmesí se incorporaron al bordó de la alfombra, y el viejo cayó.

Primero de rodillas.

Luego, el resto del cuerpo.

Alina miró al *Mentula*, como pidiéndole que la desate.

El *Mentula* le dirigió una mueca de desprecio y desapareció con la misma velocidad con que había entrado a terminar la tarea.

Su deber no era ayudar a las mujeres cuando por un descuido se complicaban solas.

Eso, en todo caso, era trabajo de Maura.

Alina ignoraba dónde estaba Maura.

Todo lo que sabía era que no había cumplido su tarea de una manera eficaz.

CAPÍTULO CINCO

El *Mentula* desparramó una buena cantidad de avena sobre un tazón. Lo depositó dentro de una jaula inmensa, donde las vergas cercenadas se movían de un lado a otro, hambrientas y confundidas.

El *Mentula* sonreía. Le gustaba mucho su trabajo.

La *recolección* del día había sido buena. Contó las vergas.

El total, seiscientos cuarenta y siete.

Faltaban muy pocos para cumplir con la cuota. Una vez conseguida la cantidad, el vórtice se abriría y él podría dejar este plano.

Por supuesto, luego vendría otro como él.

Tal como había habido uno antes de su llegada.

¿Su predecesor tendría las mismas dificultades que él para cumplir su labor?

No importaba. Lo único que el *Mentula* debía saber, de momento, era eso. Cumplir con su tarea de una manera eficaz. Después de todo, para eso había venido a este mundo.

Observando las vergas replegarse en torno al tazón de avena, su estómago crujió. Estaba hambriento.

En el fondo, la bañera estaba llena de trozos de despojos de los clientes. El *Mentula* tomó un

sanguinolento amasijo que semejaba un brazo, hincó sus dientes y comenzó a masticar.

Famélico, sus duras mandíbulas penetraban incluso los huesos, moliendo cada fragmento de carne o tejido hasta convertirlo en un bolo rojo y pegajoso que tragaba con una mueca de gusto.

El *Mentula* sonreía, sus labios manchados de sangre humana. Realmente, le gustaba su trabajo.

Una parte de sí se lamentaba cuando recordaba que todo tenía un fin. Pero en cuanto su vientre se hinchaba y lo atacaban violentos retortijones que hacían temblar sus entrañas, recordaba que su existencia estaba exenta de placeres verdaderos.

No era humano, desde luego. Quizás alguna vez lo había sido, pero ya no lo recordaba. Mascaba la carne con voracidad, inmerso en sus pensamientos.

Algunas noches soñaba con el fin de sus padecimientos. Su desprendimiento del plano físico no tardaría en llegar.

Lo sabía.

Cada día su morfología cambiaba un poco más.

Cuando la recolección llegó a los cuatrocientos miembros cercenados sus ojos se volvieron rojos, más rojos que las manchas que desprendía su alimento. Junto a esta cualidad también vino su habilidad para atravesar las paredes.

La desmaterialización momentánea le agradaba. En aquel segundo que atravesaba superficies sólidas sentía su ser vincularse un poco más con el reino del gran *Jahbulon*.

En cuanto la *recolección* se completara, ese momento de no-ser se extendería eternamente.

Su conciencia, entonces, libre de los flujos corpóreos, sería una con la arquitectura caótica que constituían *Jahbulon*.

Entonces, su sonrisa y su satisfacción serían infinitas. Sólo el mayor placer se vincularía a sí, la destrucción y el azote constante sobre el resto de aquellas criaturas insectoides que se llamaban, a sí mismos, humanos.

PARTE DOS: LA RECOLECCIÓN

CAPÍTULO SEIS

Maura tenía el único cuarto con ventanas de toda la casona. Algunas veces se tentaba con mirar la calle, detenía sus cavilaciones en las madres con hijos que cruzaban por debajo. Se preguntaba cómo podía ser que aquellas mujeres despreciasen tanto su existencia como para entregar su matriz a cualquier individuo, cómo permitir la fecundación por parte de aquellos homínidos tan y tan desagradables, minúsculos, que se consideraban hombres.

Maura sonreía cuando veía una familia, y al desprendimiento más repugnante del simio, jugar con las crías de las mujeres. Era, desde luego, una situación risible.

Pero ella, Maura, sabía que no era éste el modo correcto de ensalzar su femineidad. Se recostó sobre su lecho, acarició su vientre.

Solamente el *Mentula*, cuando la metamorfosis estuviese completa, sería quien la impregnase.

La tribu la había preparado para aquella tarea tan especial.

Era muy posible que muriese al dar a luz a una criatura tan extraordinaria, lo sabía. Pero esto no la preocupaba. Ella había sido preparada también para esto.

Giró su cabeza sobre su almohada, observó hacia una mancha de sangre sobre el cobertor. Sangre seca, pero reciente. Seguramente del párroco. Los hombres eran criaturas débiles y, sin lugar a dudas, asquerosas. Se debía, desde luego, a su tozuda necesidad por permanecer en el plano físico.

El *Mentula* aún no se encontraba exento de aquellos pormenores. Por ejemplo, debía realizar la limpieza de los cuartos a un nivel microscópico, pero algunas veces olvidaba deshacerse de ciertas manchas.

No importaba.

O sí importaba. Desde luego, lo principal era cumplir con la tarea de una manera eficaz, pero para que esto fuese posible, tanto él como el resto de las mujeres debían cooperar entre sí.

Un golpe suave en la puerta la desvinculó de sus cavilaciones. Se levantó de su lecho, desnuda como se hallaba. Se colocó una delgada bata y caminó en dirección a los golpes.

Se preguntó cuántos miembros faltarían para acabar la *recolección*.

No importaba.

O sí importaba.

De cualquier modo, cuando los golpes suaves se repitieron, esta vez un tanto más fuertes y ansiosos, supo que, en no mucho tiempo, faltaría uno menos.

Alisó su larga cabellera morena y abrió la puerta.

CAPÍTULO SIETE

A pesar de conocer los riesgos que implicaba su proceder, Dalia se escabulló hacia la cámara del *Mentula*.

La amplia bañera con los restos de los clientes le produjo arcadas. Sabía bien que el *Mentula* tenía costumbres muy particulares, Maura se lo había comentado, pero sin dar demasiados detalles. Se horrorizó ante la tina ensangrentada y las extremidades cercenadas. Pudo distinguir algunas figuras redondeadas cubiertas en un amasijo escarlata. Eran cabezas.

Cubrió sus ojos y continuó avanzando hacia el otro extremo de la habitación. Se detuvo frente a la inmensa jaula del *Mentula*. Las vergas cercenadas se arrastraban torpemente sin dirección alguna. Esta visión no la perturbó, no era la primera vez que las veía.

Necesitaba, eso sí, contarlas. Tenía que conocer la cantidad que llevaban.

Debió contarlas varias veces, ya que se movían de un lado a otro y se confundían entre sí.

Contó, finalmente, seiscientos cuarenta y nueve.

Sabía bien que entre ellos también se encontraba la del *Mentula*. Debía ser precavida de no dejarse

percibir por aquella en cuestión, de otro modo la delataría. Era una bendición que no tuviesen ojos.

Seiscientos cuarenta y nueve, se dijo. Faltaban muchos menos de los que ella creía. En cuanto el ciclo se cumpliera, podría escabullirse, probablemente desde la habitación de Maura.

Sabía que sólo tenía aquella oportunidad. Después de todo, la *impregnación* captaría la atención del resto de sus compañeras.

CAPÍTULO OCHO

Dentro de la jaula, el glande del *Mentula* se hinchó. Su meato uretral se ensanchó un poco, como si se dispusiese a ingerir su deliciosa avena. Pero la hora del alimento se hallaba lejos aún. Lo había turbado una presencia. Desconocida, pero no del todo.

La misma mujer ya se había presentando dos veces anteriores. Miraba la jaula, pensativa, y luego se alejaba.

Era una joven delgada que desprendía una hipnótica belleza.

Las primeras dos veces no se había inmutado por su presencia, pero estando tan cerca de cumplir la cuota de la *recolección*, no tenía más opción que alertar al *Mentula* sobre la presencia.

Lo lamentaba por la joven, pero ya no podía continuar actuando como si nada ocurriese.

Debía cumplir su tarea de una manera eficaz.

CAPÍTULO NUEVE

Zelda era la que más disfrutaba torturando a los hombres.

Esta vez le había tocado otro idiota, pero en otro sentido.

Masoquista.

¿Quería sufrir? Zelda tenía la oportunidad de ejercer su habilidad favorita.

Sonreía e insultaba al imbécil, que lloraba desconsoladamente a la vez que pedía más.

Y más.

Zelda lo azotó un poco, luego clavó sus largas uñas de negro sobre los pómulos del cliente. Las deslizó hacia abajo, penetrando la carne como un cuchillo.

Zelda sonreía y lo abofeteaba. Descendió a sus genitales y los escupió. Se tapó la boca con una mano, mofándose de la flaccidez del pobre imbécil.

Lo tomó con ambas manos y comenzó a masajearlo. La verga comenzó a crecer.

Se la estrujaba con fuerza, sintiendo como se endurecía entre sus dedos.

Zelda sentía que no podía borrar la sonrisa de su rostro.

Se puso de pie y volvió a azotarlo. En su torso y en sus costillas primero, luego en sus rodillas y en su entrepierna. El idiota volvió a gritar de dolor.

La verga se mantenía tesa y firme.

– ¿Conocés el Círculo de la Pérdida?

Zelda lanzó una risita al aire, sin esperar respuesta del cliente.

Se puso de rodillas, su rostro frente al miembro del desgraciado. Insertó un aro metálico en la punta, y empujándolo suavemente con la punta de sus dedos, lo depositó sobre la base.

Le dio una chupada como premio final.

El cliente la vio ponerse de pie lentamente y sintió un tirón en su parte baja.

–El Círculo de la Pérdida es un antiguo instrumento de castración. Una aro de metal apretando el pene y una sacerdotisa tirando de las delgadas cadenas a su alrededor hasta arrancarlo de raíz.

Zelda sonrió. Tiró de la verga hacia arriba, con fuerza. Era como ir de pesca.

El pene del imbécil cedió en un instante.

Continuaba gritando, así que Zelda, su sonrisa desaparecida, dio un paso hacia él y lo noqueó con un golpe seco, en medio de su rostro.

CAPÍTULO DIEZ

Maura observó a Zelda cruzar por el pasillo. Llevaba una verga recién cortada al *Mentula*.

Pensó que era bastante extraño, eso estaba fuera de sus tareas.

Vio a su compañera depositar el miembro sobre la puerta del *Mentula*. Golpeó tres veces y se alejó.

Maura se ocultó tras la puerta de su cuarto hasta que oyó el chasquido de la habitación de Zelda al cerrarse.

Volvió a arrimar su rostro al pasillo. Entendió entonces que el acto de Zelda había sido una señal.

La verga recién cortada se movía, perdida, ante la puerta.

El *Mentula* de seguro se encontraba ocupado.

Maura vio abrirse la puerta de la recámara principal. Una garra viscosa de color violáceo se arrimó desde el interior.

Buscó la última verga, tanteando el suelo. Dio con ella enseguida y la levantó cuidadosamente con sus repugnantes extremidades.

Maura no tenía dudas. Estaba a punto de ocurrir.

La transformación.

Se metió en su cuarto de prisa. La alegría anidó en su corazón, en su rostro.

Ya era hora. Todo estaba listo.

Sólo debía esperar el llamado antes del rito de la impregnación.

PARTE TRES: RITUAL

CAPÍTULO ONCE

Fue como una onda. Viajó, imperceptible, hasta dar en el fondo de las mujeres.

Maura se ponía una delgada bata, Zelda permanecía sentada sobre su lecho, Alina se daba una cálida ducha en su cuarto, Dalia, recostada en su cama observaba el techo, pensaba en su próxima huida.

Las cinco lo sintieron como una voz susurrando a sus oídos. También lo sintieron como un calor que se formaba en sus cuellos.

Las cinco percibieron una presión invisible recorriendo sus cuerpos, como una caricia un poco más fuerte de lo normal. En simultáneo.

Dalia sintió un escalofrío en todo su cuerpo, Alina ya reconocía aquel toque y se entregó con tranquilidad, para Zelda fue molesto como un cliente probando sus virtudes, pero Maura sintió un ardor verdadero nacer dentro de sí, deseosa por sentir esa energía en su interior.

Las cinco se encontraron en el pasillo. Se miraron un segundo, no dijeron palabra. No hablaban mucho entre sí, y la señal les hacía entender que no había mucho más que decirse.

El momento para el que habían venido a este plano de existencia estaba a punto de llegar.

Maura iba al frente, no sin cierto temor, golpeó la puerta de la recámara del *Mentula*.

Zelda y Alina intercambiaron miradas un momento, la primera con cierto desprecio hacia la otra.

Dalia permanecía en el final, pensando si aquel era realmente el momento propicio para huir. En aquel instante estaba a pocos pasos del cuarto de Maura. Podía correr hacia la ventana.

Arrimó un pie hacia la habitación y lo dejó allí un momento.

Sólo tenía que echar a correr.

Maura giró su cabeza ciento ochenta grados, y sus ojos furiosos se fijaron en Dalia.

La joven agachó su cabeza, y prosiguió su marcha.

La misma onda que los había solicitado en la recámara del *Mentula* soltó algo así como una risita burlona sobre la nuca de Dalia.

—Sé exactamente lo que vas a hacer.

Dalia levantó su mirada, las tres mujeres penetraban en el cuarto principal. Aquel último mensaje lo había oído ella sola. Se dio cuenta entonces que ya no tenía chances de escape.

Entró en el cuarto junto a sus compañeras, su rostro inclinado hacia el suelo.

CAPÍTULO DOCE

El suelo de la habitación se encontraba listo para el *ritual de impregnación*.

El cadáver del *Mentula* descansaba sobre una silla. Había explotado desde adentro hacia fuera. Sus órganos internos se hallaban desparramados por el suelo. Su metamorfosis había desencadenado una brutal carnicería. El rojo teñía toda la habitación. Las paredes, el suelo, las manchas se extendían en todas direcciones.

Dalia contempló, con temor, la bañera. No quedaba rastro de los trozos de los clientes que el *Mentula* solía devorar.

La jaula de las vergas también se hallaba vacía. Las había clavado al suelo formando un círculo perfecto. Todas y cada una de ellas, alineadas y listos para la ceremonia.

Se agitaban un poco bajo los clavos que el *Mentula* había seleccionado para aquel retorcido altar.

En el centro, dibujado con tiza carbón sobre el suelo, el signo de *Jahbulon* presidía el ceremonial.

Maura se metió en el círculo. Se recostó en medio del símbolo del Dios y entreabrió su bata.

Alina, Zelda y Dalia sintieron el mensaje, nuevamente, como un susurro en sus oídos. Se ubicaron en el exterior, en torno a su compañera, formando un triángulo.

Las tres sintieron una fuerza que levantaba sus brazos al cielo y luego tiraba de ellos.

Sintieron esa misma fuerza penetrar en sus vaginas con fuerza. Dalia y Alina no pudieron evitar un quejido de sorpresa y dolor. Era como tener dentro una verga invisible, inmensa y bulbosa.

Las tres se sintieron sacudidas por la fuerza. Zelda comenzó a gemir, de verdadero placer, Dalia y Alina le siguieron al instante.

Maura las miraba desde el centro, paciente. Notaba el inmenso placer que experimentaban.

Se preguntaba cuán más intenso sería el placer para ella.

¿Lo sentiría también como ellas lo estaban sintiendo?

¿Cómo se presentaría el *Mentula* ante ella?

Y para dar respuesta a esas preguntas que tenía en su mente, el *Mentula* penetró en los cuerpos de las otras mujeres por completo.

Ya no sólo carnal, sino también psíquicamente.

Los cuerpos de Zelda, Alina y Dalia permanecieron estáticos, con sus ojos cerrados, algunos segundos, alrededor de Maura.

Cuando los abrieron, la elegida notó que sus miradas ya no eran las de sus compañeras.

Tenían ojos rojos, como un intenso fuego,
desprendiéndose de sus rostros.

CAPÍTULO TRECE

Las tres mujeres masajearon sus clítoris frente a Maura. Los sintieron creciendo, extenderse más y mas, tirando de la punta de ellos, hasta alcanzar un considerable tamaño.

Maura sonrió. Abrió sus brazos y sus piernas a sus compañeras.

Zelda se arrimaba desde la parte de su cabeza. Maura se incorporó y metió su clítoris enorme en su boca. Lo chupó con suavidad, lo lamió con la punta de su lengua.

Dalia y Alina se arrimaron desde los otros extremos. Palmeó a Dalia en una nalga y la animó a penetrarla vaginalmente. Dalia sentía que no quería hacerlo, pero extrañamente su voluntad se hallaba perdida. Su clítoris, tan inmenso como el de sus otras compañeras, penetró a Maura, quien lanzó un placentero suspiro.

Giró un poco su cuerpo, dejando al descubierto su ano, y Alina se arrimó para introducirse en su compañera. De golpe, Maura sintió a Alina clavándose en su espalda baja.

Oleadas de placer inundaron a las cuatro.

Un instante después, Zelda y Alina se acomodaron delante de Maura. Sus rodillas en el suelo, sus clítoris extendidos. Tiesos y firmes.

Maura tomó ambos entre una de sus manos, y los introdujo en su vagina.

Sacudió sus caderas con placer, sintiendo los miembros sacudirse dentro de sí.

Sólo faltaba Dalia. ¿Dónde estaba Dalia?

Maura miró en derredor, no halló rastros de la joven.

No le importó. Sentía sacudirse sus caderas casi por voluntad propia. Los miembros de sus compañeras se expandían en su vulva. Las veía frotándose entre sí. Gemía, con una mueca de agradecimiento hacia el *Mentula*, por hacerla sentir aquella energía, por haberla seleccionado para la impregnación.

Maura sintió la tibieza dentro de sí, liberándose en lo profundo de su interior. Su cintura se movió una vez más, espasmódica.

Sus compañeras cayeron, rendidas, sobre su cuerpo. Las sentía respirar agitadamente.

Maura percibió cómo sus clítoris decrecían sus tamaños, y volvían a su forma primigenia. Con ambas manos, acarició sus cabezas.

El *Mentula* ya no se encontraba dentro de ninguna de ellas.

PARTE CUATRO: EL VÓRTICE

CAPÍTULO CATORCE

En ningún momento Dalia había planeado abandonar la recámara principal.

Sin embargo, la fuerza que la había poseído, la arrastró fuera de la ceremonia de *impregnación*, y la depositó en el cuarto de Maura.

Sintió la presencia abandonar su cuerpo en cuanto comenzó a fijarse en las ventanas. Veía movimientos humanos del otro lado. Mi única oportunidad, se dijo a sí misma.

Escuchaba los gemidos estertóreos de la habitación contigua. Hizo caso omiso y levantó abrió la ventana.

El aire fresco del otoño dio de lleno en su rostro.

Miró hacia atrás una vez más.

Por precaución.

A lo mejor no podría volver a su lugar originario, pero al menos podría alejarse de aquel grupo indeseable del que formaba parte por imposiciones culturales.

En última instancia, pensó, ella ya había hecho todo lo que le pedían.

Había cumplido con su tarea de una manera eficaz.

Se merecía escapar.

Cruzó ambas piernas hacia el exterior de la casona. Sentía el aire revolotear entre sus muslos. Su piel se erizó levemente.

Sintió un empujón desde el interior. Miró hacia atrás una vez más. No le sorprendió no ver a nadie.

Resbaló en cámara lenta. Sin embargo, sus manos no alcanzaron ningún contorno a qué asirse.

Cayó.

Pero no sintió la lejana calle.

A mitad del camino, un vórtice grisáceo la envolvió.

CAPÍTULO QUINCE

Zelda chupaba los pechos de Maura con avidez, con voracidad. Lamía sus pezones erectos con demencia dibujada en su rostro, sus ojos desencajados, fijos en los senos de su compañera, apretándolos una y otra vez.

Alina, su rostro pegado al trasero de Zelda, metía y sacaba varios dedos en la vagina de esta última. Por momentos, acariciaba su abertura con la punta de su lengua, para luego sumergirla en la profundidad.

Su cuerpo paralelo al de Maura, pero invertido. La mano de la mujer morena acariciando la espalda de Alina. Con los ojos cerrados, sintiendo al nuevo ser gestándose en sus entrañas.

Sentía su interior revolverse. Zelda introdujo uno a uno sus dedos dentro de Maura.

Luego, arrimó su mano.

Finalmente, su puño.

Maura gimió de placer y clavó sus uñas sobre la espalda de Alina. Ella se estremeció de dolor al sentir el filo desgarrando su carne.

Hilillos sanguinolentos descendían sobre el cuerpo horizontal de Maura.

En aquel frenesí, Alina clavó sus dientes en los glúteos de Zelda. Sus incisivos penetraron la carne, y Zelda gritó de horror y placer, sintiendo el ardor de un trozo de sí desprenderse.

Alina estrujó los glúteos de su compañera y volvió a morder. Esta vez, un trozo más grande.

Zelda gritaba. Su puño se hundía con fuerza cada vez más en el interior de Maura.

Finalmente, introdujo hasta su antebrazo.

Maura no pudo contener las lágrimas. Le dolía mucho lo que Zelda hacía. Por impulso, clavó sus uñas una vez más, en las costillas de Alina.

Esta vez, ella no sintió nada. Continuaba devorando la carne trasera de Zelda. Su rostro manchado por la sangre de la mujer. Sintiendo llegar con sus dientes hasta el hueso de su coxis.

Zelda se sintió desfallecer. Su vista se nubló. Dejó caer su cuerpo, un brazo casi por completo introducido en Maura, su torso sobre el vientre de su compañera.

Maura giró sus caderas, intentando quitarse el cadáver de encima. Sintió desgarrarse algo en su interior a causa del movimiento brusco.

Espesos chorros escarlata comenzaron a brotar de su vagina.

Finalmente el puño cedió, por la presión misma de la hemorragia.

Sentía ahogarse. Como si le faltara el aire en los pulmones.

Alina continuaba devorando a Zelda. Sin importarle su estado, completamente fuera de sí. Como si fuese otra, una bestia antigua conjurada para la ocasión.

Dispuesta a cumplir su tarea de una manera eficaz.

Hincaba sus dientes en los restos de carne de su compañera, sin control ni comprensión de su entorno.

No notó el vórtice saliendo de la vagina del cuerpo de Maura, envolviendo primero a las dos mujeres.

Luego a Alina.

Y, finalmente, al resto de la recámara principal.

CAPÍTULO DIECISEIS

Dos fuerzas que se enfrentan liberan en el cosmos una energía indescriptible.

Imposible abarcar una definición de tal complejidad en conceptos meramente abstractos.

Dos fuerzas interactuando son partícipes eternos en el tejido de la existencia.

Todo ser, toda materia, toda partícula, es la misma constante. Es apenas nuestra perspectiva lo que mueve el punto donde se fijan.

Zelda se abandonaba a estos pensamientos cuando un cliente estaba encima de ella. Desvinculación, le había dicho que se llamaba la técnica, su compañera Dalia.

Era la que más tiempo llevaba en la casona. En algún momento, la había consolado cuando le contó su historia. En realidad, no se sentía feliz por haber sido una de las elegidas. Fue por eso que le enseñó aquella técnica a Zelda. Por compasión.

Sus compañeras Alina y Maura se mostraban bastante distantes con respecto a ella, pero aparentemente siempre había sido así.

Alina también detestaba aquel lugar, pero sobrellevaba la carga con la fortaleza que desprendía su espíritu.

Maura, quizás la más vacía de las cuatro, se contentaba con cumplir sus labores de una manera, algunas veces equivocada. Más de una vez el *Mentula* debió arreglar algún problema entre ella y sus clientes.

Por algún motivo desconocido para Zelda, la perdonaba. Sin lugar a dudas porque la conocía y ya estaba acostumbrado a sus errores.

En cualquier caso, lo fundamental era la *recolección*.

Zelda abrió sus ojos, vio al hombre encima de ella, lo sintió sacudiéndose una y otra vez sobre su vientre.

Sentía el miembro tieso en su interior.

Estaba listo.

Apretó sus labios vaginales contra la verga del cliente y se la arrancó, con la rabia estampada en su rostro.